

SIMON LEYS

# SOMBRAS CHINESCAS

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS  
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Ombres chinoises*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© by Herederos de Pierre Ryckmans  
© de la traducción, 2020 by José Ramón Monreal Salvador  
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, figura del teatro de sombras chinescas,  
de Wang Biao y Wang Fang

ISBN: 978-84-17902-27-8  
DEPÓSITO LEGAL: B. 4619-2020

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

*Introducción*, por JEAN-FRANÇOIS REVEL 7

### SOMBRAS CHINESCAS

*Prólogo* 15

*Advertencia* 19

Los extranjeros en la China Popular 21

Seguid al guía 67

Pequeño intermedio hagiográfico 163

Pequeño intermedio filosófico 167

Burócratas 171

Vida cultural 191

Universidades 213

Sin orden ni concierto 233

*Nota a la reedición de 1978* 301

### EPÍLOGO: EL POSTMAOÍSMO

*Notas de lectura: «Camarada Jiang Qing»* 309

*«¡Chinos, un esfuerzo más si queréis ser revolucionarios!»* 329



## INTRODUCCIÓN

por JEAN-FRANÇOIS REVEL

Si escribo estas pocas líneas al comienzo de la reedición revisada de *Sombras chinescas*,<sup>1</sup> no es tanto porque me sienta autorizado por una competencia de sinólogo, bien limitada por otra parte, sino, por el contrario, para llamar precisamente la atención sobre lo excepcional de un libro como éste, que trasciende al mismo tiempo China y nuestra época.

El fenómeno socialista totalitario es el resultado de una categoría del espíritu humano que ha sido aplicada en contextos tan diferentes entre sí como la América precolombina de los incas, la América española de los jesuitas del Paraguay, la Mesopotamia del tercer milenio antes de nuestra era, el antiguo Egipto, la Rusia del siglo xx, Benín, Camboya, Albania, Corea, Cuba y Etiopía. En estas sociedades que pertenecen a períodos y áreas geográficas tan distantes unas de otras como pueden serlo sus niveles respectivos de desarrollo económico, tecnológico y político, tan ajenas las unas de las otras tanto por sus antecedentes como por su cultura, su religión, sus sistemas parentales, puede surgir un mismo tipo de organización social en el que en una especie de confusa exactitud podemos reconocer rasgos parecidos. Bastaría esta única consideración para hacer justicia al materialismo histórico, según el cual el socialismo estaría ligado a un preciso momento del «desarrollo de las fuerzas productivas» y de las «contradicciones en el seno del capitalismo». En el libro *El fenómeno socialista*,<sup>2</sup> inestimable aportación

<sup>1</sup> Introducción escrita para la reedición de *Ombres chinoises*, París, Robert Laffont, 1978.

<sup>2</sup> Igor Chafarévitch, *Le phénomène socialiste*, París, Seuil, 1977. [Exis-

a la ciencia política, Igor Chafarévitch demuestra el carácter antihistórico y repetitivo del totalitarismo. No deja de hacer, por lo demás, después de Simon Leys y Mao Zedong mismo, un cotejo inevitable, dentro de la historia china, a más de dos milenios de distancia, entre el régimen de terror de Qin Shihuang (259-210 antes de Cristo) y el del Gran Timonel.

Que el socialismo totalitario sea la aplicación de una categoría mental, o de la pulsión de muerte, está confirmado por la literatura de los utopistas. Chafarévitch pone, en efecto, en evidencia esta paradoja. Tomás Moro, Campanella, Platón o Gracchus Babeuf, parten de la crítica de una sociedad cuyas injusticias y constricciones denuncian para trazar, con aterradora minuciosidad, el proyecto de sociedades todavía más injustas y coercitivas, caracterizadas por una completa nivelación (un modo de vestir parecido, casas parecidas, ciudades parecidas) y por un terror policial absoluto, con una única ideología, una planificación autoritaria de la cultura, trabajos forzados y campos de deportación. Hasta ahora el totalitarismo socialista había sido explicado, en cambio, de la manera en que lo hace Jean Elleinstein en *El fenómeno estaliniano*, una «desviación» o una «traición» analizadas como efectos no deseados de la resistencia de la praxis a la teoría. Pero de ser esto cierto, ¿cómo entender que los escritos *teóricos*, precapitalistas o recientes hayan previsto con una cierta complacencia el terror policial? «Que se intente instaurar la sociedad feliz del futuro entre tiros—escribe Chafarévitch—puede explicarse en rigor por la incompatibilidad existente entre sueño y realidad. Pero ¿qué pensar de una doctrina cuyo IDEAL contiene al mismo tiempo un llamamiento a la libertad y un programa de sometimiento?».

---

te traducción en español: *El fenómeno socialista*, trad. Mauricio Rojas, Málaga, Sepha, 2015].

Lo que confiere a la obra de Simon Leys su valor duradero (aparte de un raro talento de escritor) es el hecho de que nace del encuentro entre el profundo conocimiento de la civilización china y una comprensión excepcionalmente perspicaz y exhaustiva del fenómeno totalitario.

El postmaoísmo, así como por lo demás el postestalinismo, no puede modificar los principios fundamentales del sistema. Un sistema totalitario no puede, efectivamente, liberalizarse a fondo sin destruirse. Sobre todo no está en condiciones de volver a dar su propia autonomía a la actividad económica sin sacrificar la primacía del poder político. No puede permitir que el pensamiento, las artes y las letras vuelvan a florecer más allá de un punto sin ver disolverse su monopolio ideológico. Tampoco puede otorgar al pueblo derechos políticos, porque ello significaría la autorización de otros partidos aparte del comunista, partido único que es la esencia misma del sistema, el cimiento que lo mantiene en pie.

Lo que los propagandistas y los ingenuos llamaban «liberalización» de este conjunto socialista totalitario no es en realidad sino una de sus fases, que sirve para asentarlos sobre nuevas bases más sólidas y realistas. En su *Breve tratado de soviología*,<sup>1</sup> Alain Besançon ha elaborado, por lo que a la URSS se refiere, la teoría de las oscilaciones entre lo que él denomina «comunismo de guerra» y comunismo «de tipo NEP» (que toma su nombre del período de la «nueva política económica» soviética de entreguerras). La primera fase reduce a cero la autonomía de la sociedad civil, hasta el punto de que el poder totalitario se ve amenazado por su propio éxito; sus recursos se esfuman, la producción re-

<sup>1</sup> Alain Besançon, *Court traité de soviologie*, París, Hachette, 1976. [Existe traducción en español: *Breve tratado de soviología*, trad. Jaime Jerez, Madrid, Rialp, 1977].

trocede, se instala la anarquía, la vida intelectual y la educación se estancan, todo aquello en lo que se apoya el Estado se desmorona y corre el riesgo de romperse. Para volver a ponerlo en pie, la dirección totalitaria se ve obligada entonces a llevar a cabo la segunda fase; deja que se reconstruya un tejido económico merced a varios tipos de incentivos y a una limitada y provisional experiencia de gestión menos burocrática; restablece los exámenes en la universidad; se pide ayuda tecnológica y financiera al extranjero.

Pero la «fase NEP» no es de ningún modo el principio de una irreversible evolución; el período llamado «liberal» solamente está destinado a reforzar los instrumentos y los medios necesarios al totalitarismo y a salvar el sistema.

Después de Jruschov hemos asistido al nuevo deshielo de Brézhnev. El «realismo» de los sucesores de Mao no excluye la represión masiva, muy al contrario, no incluye el menor grado de renuncia al triple monopolio que determina todo poder totalitario: monopolio global de la iniciativa económica, monopolio global de la iniciativa política y monopolio global de la iniciativa ideológica. En China este triple monopolio está todavía hoy intacto. Es más, cabría decirlo mejor: está a salvo. De haber continuado las extravagancias del Gran Timonel, se habría visto irremediabilmente condenado.

Un sistema totalitario no puede mejorar, sólo puede hundirse. Es esta la razón, más allá de las consecuencias de la lucha entre las diversas «bandas» que se disputan el poder en Pekín, que confiere a la obra de Simon Leys su valor perdurable.

En medio del océano de tonterías y de estupideces intelectuales que bañan las zonas pesqueras de la interesada maolatría de Occidente, Simon Leys nos hizo llegar un día el mensaje de la lucidez y de la moralidad. Su trilogía, *Los trajes nuevos del presidente Mao, Sombras chinescas, Imáge-*



## INTRODUCCIÓN

*nes rotas*, es ese esfuerzo destinado «a durar para siempre» del que hablaba Tucídides. Observador, historiador y filósofo, Leys sigue siendo, en efecto, en todos sus escritos sobre todo un hombre, y un escritor en el que la clarividencia y el saber se mezclan maravillosamente con la indignación y la sátira. Releer *Sombras chinescas* será la comprobación de que, en el siglo de la mentira, la verdad a veces vuelve a levantar la cabeza y echarse a reír.



Así, si se encontrase hoy en día un extranjero que, pese a haber sido admitido a sentarse al banquete chino, no dudase sin embargo en vituperar en nuestro nombre la actual situación de China, ¡lo llamaría un hombre de veras honesto, un hombre de veras admirable!

LU XUN, *Lu Xun Quanjī*

El panfleto debería ser la forma literaria de nuestro tiempo. Vivimos en una época en que las pasiones políticas son vivas, en que los vehículos de libre expresión se vuelven cada vez más raros y en que la mentira organizada reina a una escala desconocida hasta hoy. Para colmar las lagunas de la Historia, el panfleto es el instrumento ideal.

GEORGE ORWELL,  
*The Collected Essays,  
Journalism and Letters of George Orwell*



## PRÓLOGO

En política, más que en cualquier otro terreno, el comienzo de todo reside en la indignación moral.

MILOVAN DJILAS,  
*Conversations with Stalin*

Las notas que siguen son el resultado de una estancia de seis meses que efectué en China el año pasado.

Se reprochará sin duda a estas páginas su carácter negativo e inconexo. El reproche estaría ciertamente justificado si el presente ensayo tuviera la ambición de ofrecer una especie de balance general de la China Popular.

En realidad, no es mi intención poner en entredicho los logros del régimen mao-liuista que,<sup>1</sup> aun cuando no tienen siempre el carácter revolucionario que le atribuyen sus turiferarios occidentales, no son menos considerables en diversos campos. Pero tampoco se trataría aquí de describirlos una vez más. Esto ya lo han hecho en Occidente ilustres profesionales mejor cualificados que yo; pienso, por ejemplo, en las obras de la señora Han Suyin (no su primer libro, que, escrito en el momento en que Chiang Kai-shek se encontraba en el apogeo de su poder, era aún sumamente elogioso con el Generalísimo y la Gran Dama, sino sus obras más recientes), en los libros y artículos de Edgar Snow, en

<sup>1</sup> Mao-liuista: en un momento en que la política de Liu Shaoqi, de hecho si no nominalmente, se ve de nuevo aplicada en casi todos los ámbitos, mientras las nueve décimas partes de sus antiguos acólitos se ven confirmados en sus cargos, sería particularmente injusto no asociar el nombre del antiguo jefe de Estado con el de Mao.

cierto artículo del profesor Fairbank (aparecido en 1972 en *Foreign Affairs*), etcétera.<sup>1</sup> Mi libro, lejos de alimentar la impúdica ambición de rivalizar con estos escritos, y menos todavía de tacharlos de falsos, simplemente quisiera servirles de modesto complemento, aportando algunos toques de sombra sin los cuales los retratos más luminosos están faltos de relieve, o prestarles asimismo un contrapunto de anotaciones marginales sobre unos detalles que, por distintas razones, pueden haber sido desatendidos por estos eminentes testigos. Como dice el refrán chino: «De mil observaciones, hasta el sabio puede formular una que sea necia, y el necio una que sea sabia». Digamos que yo hago aquí la modesta contribución del necio a las novecientas noventa y nueve frases pertinentes de los sabios.

No faltará igualmente quien me haga el reproche de tratar con ligereza un tema serio. Ese último reproche está desgraciadamente fundado. Apenas si puedo pintar más que sombras, pues ¿no está precisamente en la propia naturaleza de las sombras no presentar ni sustancia ni peso? Sean las personas de buena fe que vayan a irritarse con razón por lo endeble y frívolo de estas páginas solamente que yo mismo me irrité antes que ellos, y mucho más vivamente aún. En las condiciones en que se ven hoy en día los visitantes y los residentes extranjeros en la China Popular,<sup>2</sup> sostengo que les es imposible escribir sino futilidades y quienes creen hacer una obra seria relatando sus experiencias chinas, quienes pretenden describir la realidad china cuando lo único que describen es ese teatro de sombras escenificado para ellos por las autoridades maoístas, o bien en-

<sup>1</sup> John K. Fairbank, «The New China and the American Connection». El ilustre sabio declara en él valientemente: «El maoísmo es lo más afortunado que ha ocurrido en China desde hace varios siglos».

<sup>2</sup> Véase más adelante el capítulo «Los extranjeros en la China Popular».

gañan a sus lectores, o bien—lo que es aún más grave—se engañan a sí mismos.

Por mi parte, la única ventaja que me ha procurado el conocimiento de la lengua y una muy larga experiencia anterior de la vida china ha sido calibrar mejor la rigurosa eficacia con la que las autoridades maoístas han llegado ahora a prevenir todo contacto humano espontáneo, por más que sea de breve duración, entre la población y los extranjeros.

Estrictamente separado de la única realidad que importa—la vida cotidiana del pueblo chino—, el extranjero que quiere tratar «de China» solamente tiene dos posibilidades: o recopilar los eslóganes oficiales (que se le proporcionan unas veces oralmente en el curso de «entrevistas» y otras por escrito en folletos de propaganda puestos gratis a su disposición en doce lenguas), o espigar desesperadamente por su cuenta todas las migajas de esta realidad que se le hurta, y coserlas mal que bien en un conjunto de pequeñas viñetas dispares. Como de seguir la primera vía habría corrido el riesgo de hacer un duplicado del trabajo del equipo de redacción de *Le Monde/La Nouvelle Chine*, o pisarles el terreno a algunos célebres ideólogos contemporáneos, preferí adoptar el segundo método, por más frívolo que me pareciese.

«Pero ¿por qué diablos ha vuelto a China?», me preguntaba el otro día en París uno de mis mayores en sinología, un sabio por quien siento, por otra parte, mucho respeto y afecto. Confieso que su pregunta me dejó atónito. ¿Es que hay sinólogos que, fuera de China, no se sienten en el exilio? Y otro—también un amigo muy querido—me dijo: «Su libro *Los trajes nuevos* estaba muy bien,<sup>1</sup> pero espero que

<sup>1</sup> Simon Leys, *Les Habits neufs du président Mao*, París, Champ libre,

## PRÓLOGO

por lo menos para dejar de perder el tiempo con los asuntos de la China contemporánea. Eso déjeselo mejor a los periodistas, y vuelva a sus trabajos clásicos». Palabras como éstas me recuerdan que *sinología* rima con *asiriología*, incluso con *entomología*...

¡Sólo Dios sabe, sin embargo, cuán gratamente simplificada se vería la existencia si pudiéramos convencernos de que nuestro exclusivo objeto de atención debe ser la China muerta! ¡Qué cómodo sería guardar silencio sobre la China viva y sufriente, y comprar a este precio la posibilidad de volver a ver esa tierra tan amada! Pero me temo que un silencio semejante no sería aquel del que hablaba Lu Xun en su famosa frase: «John Stuart Mill dijo que la dictadura vuelve a los hombres cínicos. No sospechaba que estarían las repúblicas para volverlos mudos».<sup>1</sup>

S. L.

1973

---

1971. [Existe traducción en español: *Los trajes nuevos del presidente Mao*, Barcelona, Tusquets, 1976].

<sup>1</sup> *Lu Xun Quanjí*, vol. III, Pekín, 1963, p. 393. Que nadie se extrañe de encontrar numerosas citas de Lu Xun a lo largo de mi libro. El presidente Mao, que lo consagró como el maestro literario de la China contemporánea, considera que su obra sigue siendo de una candente actualidad. Acabo de releerlo entero, y soy de la misma opinión.



## ADVERTENCIA

Para la transcripción de los nombres chinos se ha adoptado como principio general el sistema oficial chino, llamado «pinyin», con la excepción a esta regla de los nombres Sun Yat-sen y Chiang Kai-shek, que están basados originalmente en pronunciaciões dialectales, un número restringido de nombres de lugares que han entrado en el uso español (Pekín, Cantón) y un término como *Kuomintang*, consagrado por tres cuartos de siglo de práctica periodística.



LOS EXTRANJEROS  
EN LA CHINA POPULAR  
(A MANERA DE INTRODUCCIÓN METODOLÓGICA  
A LOS REPORTAJES SOBRE CHINA)

A lo largo de las épocas, los chinos no han tenido más que dos maneras de considerar a los extranjeros: bien como bestias salvajes, bien como seres superiores. Nunca han sido capaces de tratarlos como amigos, de ver en ellos a unos semejantes.<sup>1</sup>

LU XUN, *Lu Xun Quanji*

«Mientras haya uno de esos sinvergüenzas que cobran en la sala, no estaremos seguros del éxito», dijo el jefe de la claqué.

PAUL CLAUDEL

Es conocido el infortunio que le ocurrió recientemente a un periodista estadounidense: como todo el mundo, también él había escrito el relato de un viaje por China. Sólo que no había ido. Finalmente la cosa se supo y armó escándalo, y el pobre diablo se buscó que lo despidieran.

Lo sorprendente en esta historia es que se pudiera descubrir la superchería. En el estado actual de cosas, me parece que incluso el más débil mental de los polígrafos debería ser capaz de redactar, sin abandonar su domicilio, un reportaje sobre China que fuese razonablemente animado,

<sup>1</sup> Como la mayor parte de la obra polémica de Lu Xun, esta frase dirigida en la época contra los representantes de la ortodoxia reinante se aplica muy bien a la burocracia maoísta de hoy en día. Sería, no obstante, muy injusto entenderla en un sentido más general. El pueblo chino *dejado a su libre forma de ser* es el más hospitalario y fraternal de la tierra.

colorista, instructivo, apropiado y convincente. ¿Acaso no dispone, en efecto, de cien modelos casi todos idénticos? Y si quisiera llevar el escrúpulo profesional hasta ir personalmente a China, ¿qué vería allí que no hubieran visto ya los que le precedieron? Provisto de los mismos guías e intérpretes que éstos, haría el mismo circuito, hospedándose en los mismos hoteles, visitando las mismas instituciones, conociendo a las mismas personas de las que recogería las mismas declaraciones,<sup>1</sup> viendo que se ofrecerían los mismos banquetes en el curso de los cuales se pronunciarían los mismos discursos, acomodándose por todas partes a un mismo ritual invariable e irreal que no es ni de China ni de Occidente, sino de un universo abstracto especialmente concebido por los burócratas maoístas para uso de los huéspedes extranjeros.<sup>2</sup>

En estos viajes, siempre impecablemente organizados, todo cuanto pudiera depender de lo imprevisto, lo accidental, lo improvisado o lo espontáneo, está rigurosamen-

<sup>1</sup> Las mismas personas, pero no siempre bajo la misma indumentaria: los militares que dirigen ahora la mayoría de las grandes fábricas se visten de paisano para recibir al común de los turistas, y no vuelven a ponerse el uniforme cuando tienen que relacionarse con unos visitantes ya informados de su identidad real. (Nota de 1974).

<sup>2</sup> Un pequeño ejemplo clásico de este ritual que sirve de base ahora para un nuevo exotismo es evidentemente el de la cuchilla de afeitar usada, anécdota que forma parte de todos los relatos de viaje por China: el viajero deja en su habitación de hotel una hoja de afeitar usada, que le vienen indefectiblemente a traer en cada etapa de su viaje: sólo cuando ha llegado a Hong Kong consigue desembarazarse por fin de ella. Existe una amplia variedad de estas anécdotas pintorescas y conmovedoras: sería divertido hacer el inventario de ellas; comparándolas con las anécdotas de los viajeros de la época de Loti y de Farrère, se vería que la imagen de la China virtuosa, laboriosa y honesta presentada por los peregrinos de hoy se asemeja en cierto modo a la descripción de una China corrupta, holgazana y ladrona que ofrecían antaño los clientes de la agencia Cook: una y otra son exóticas, artificiales y arbitrarias por igual.

te excluido. También el ocio: el programa de los visitantes está trazado en general para tenerlos en vilo desde que despunta el alba hasta una hora avanzada de la noche. En esta vida de forzado del turista político, técnicamente no es imposible intentar de vez en cuando alguna breve escapada, pero no es algo recomendable; como veremos más adelante, al hacerlo os exponéis a complicaros la propia existencia y la de vuestros trujamanes.

Pero los viajeros que recorren así China en tres semanas conservan por lo general una excelente impresión de su experiencia. Las visitas son lo bastante variadas y las jornadas no están demasiado llenas. Si no han podido hacer más, piensan, es simplemente porque las fuerzas humanas tienen sus límites y los días únicamente veinticuatro horas. No obstante, sólo con que pudieran prolongar un poco su estancia, enseguida se darían cuenta del carácter extraordinariamente estrecho, monótono y repetitivo de cuanto se les permite ver, y para llegar a esta evidencia no les haría falta siquiera realizar, como he hecho yo, siete viajes consecutivos por las provincias.

Las autoridades maoístas han obrado un extraño prodigio: para uso de extranjeros, han conseguido reducir China—ese mundo inmenso y diverso que una vida entera no bastaría para explorar siquiera superficialmente—a las estrechas y rutinarias dimensiones de un mismo pequeño circuito invariable. De los cientos de ciudades con las que cuenta China, tan sólo una docena están normalmente abiertas a los extranjeros; en cada una de éstas, todos los extranjeros se encuentran infaliblemente acomodados en el mismo hotel, por lo general uno de gran lujo de las proporciones de una fortaleza, situado en medio de un vasto jardín florido, en un suburbio apartado. En estos hoteles, los visitantes disponen de un restaurante que sirve la mejor cocina que se pueda probar en toda la provincia, una

barbería, una librería en la que se venden ediciones lujosas y reproducciones artísticas inencontrables en las librerías de la ciudad, una sala de espectáculos en la que se proyectan películas y algunas veces incluso actúan artistas especialmente para ellos. Huelga decir que el público local no tiene acceso a estos establecimientos; los centinelas que montan guardia en la entrada comprueban la edad de cada visitante chino. De este modo los contactos que los viajeros tienen con las diferentes ciudades que «visitan» se resumen al final en algunas cortas carreras en coche, a todo gas, por los bulevares, rumbo a las clásicas visitas de fábricas y de hospitales.

Si, por lo que se refiere a la China urbana, el balance de lo que puede ver el visitante es ya tan irrisorio, ¡qué decir de la China rural! El campo, que constituye la verdadera realidad de China y en donde se decide el destino del país entero, sigue siendo para nosotros un absoluto desconocido. De las decenas de miles de ciudades con las que cuenta China y donde vive más del ochenta por ciento de su población, los extranjeros visitan a lo sumo nueve o diez, siempre las mismas, de indudable pero limitado interés, remedo del Pabellón Agrícola para la Exposición Internacional.

Tras haber sido reducido el vasto mundo chino a las dimensiones de la cabeza de un alfiler, no es necesario que los visitantes extranjeros sean muy numerosos para tener por todas partes la impresión de rozarse y de pisarse, tan trillados son los estrechos senderos en los que se les confina. Allende el tiempo y el espacio, acaba por establecerse entre ellos una especie de francmasonería, un poco como entre los usuarios de un mismo tranvía en la pequeña línea de un barrio de la periferia. Se entera uno así de que fue en la escalera de un determinado monumento donde el senador francés F. se torció un pie, le enseñan el lugar en